

## REVISTA DE MODAS.



L foulard y los encajes, el percal y el madrás, el velo y el foulard indio combinanse para producir los caprichosos vestidos de campo y playa, que á la sazón se ostentan en toda su mágica frescura; los trajes de las jóvenes se recogen á lo lavandera, y muchos sobre faldas de color liso, plegadas ó lo más, adornadas con terciopelo ó galones al redor. Empleanse para estas combinaciones colores vivos, azul porcelana, crudo con granate ó telas listadas y el rosa bajo son los que dominan en la escala de colores variados.

He visto trajes expedidos para las fiestas de San Sebastián, y alguno para San Juan de Luz, que después de pagar sus primicias en dichos puertos, harán aquí buen papel en los meses de Setiembre y Octubre: uno de velo hoja seca y madrás de cuadros, tenía una falda lisa de velo con paño drapado por delante del mismo, y túnica de madrás de cuadros ciruela sobre fondo hoja seca, muy abierta de adelante, recogida al lado y caída del otro, con abertura por detrás, recogida en solapa de las dos telas; cuerpo de madrás, abierto sobre dos écharpes fruncidos y cruzados en chaleco hoja seca, y terminando alrededor del talle en lazadas dobladas del mismo cuerpo; cuello de madrás y manga justa, arrugada en la sangría, adonde llega el guante.

Otro vestido de foulard indiano (percal muy fino) tiene falda azul lisa, montada á tablas, y túnica rayada azul y blanco á raya muy menuda, recogida la túnica con lazos de seda azul y cuerpo de blusa con cuello marinero, adornado de galones blancos. Esta hechura marinera, indicada para las niñas á principios de la estación, ha sido utilizada por las jóvenes en el campo y en la playa, y son muchas las que ostentan vestido tan original. Para las mismas fiestas, antes citadas, he visto otro traje que tiene ya más de corte que de campo, y puede citarse como vestido de otoño. Es de seda azul pizarra con brochado de triángulos en colores (cachemir), la primera falda de seda lisa, abierta sobre quilla de encaje crudo, y unidas por lazos las dos orillas, adornando la de atrás ancha vuelta de seda azul, bordada de cristal del mismo color; la túnica, brochada y drapada por detrás, lleva otra vuelta bordada de cristal, sobre la que se drapea un encaje crudo; cuerpo de aldeta, vuelta en grandes lazadas, y muy escotados los delanteros sobre drapado de encaje, que deja ver en el centro superior un chalequito bordado de cristal como la vuelta de manga, que es de tela brochada correspondiente al cuerpo. El lujo entre las expedicionarias no tiene freno, y este vestido que acabo de describir está destinado más á lucir en las visitas de salones madrileños que sobre la arenosa playa de San Sebastián.

Se han visto como complemento de traje de verano, túnicas de hilo crudo, heliotropo ó azul porcelana, de muy buen efecto para las jóvenes, porque permiten ser exornadas con lazos de colores, iguales ó en combinación con otra falda; y aunque sea muy prematuro hablar de novedades de otoño, tengo noticias de lanas muy sueltas con listas y cuadros de peluche en tonos combinados y brochados menudos, que harán deliciosos trajes de vestir.... Pero es prematuro hablar de cosas que aun no han salido de los talleres de fabricación.

Los abrigos de viaje pueden ya considerarse abrigos de otoño, y ellos son buena prueba de nuestro deseo de anticipar novedades. Los cuadros están muy indicados para la próxima estación, y los tejidos ingleses crean maravillas en este género.

Dos palabras para concluir, sobre trajes de la infancia. La moda, que ejerce su tiranía sobre todos los mortales que viven en sociedad, quiere extender su dominio á los primeros años de la infancia, y sin quitarle en absoluto sus derechos, quiero que se acepten para los niños aquellas hechuras más holgadas y aquellas telas más resistentes ó menos manchadizas. Tener á un niño esclavo del vestido porque se puede manchar ó romper, es quitarle su alegría y el ejercicio que necesita para su desarrollo, y por eso las hechuras que hoy se prefieren son las que dejan el talle enteramente libre. Esta forma de trajes, hecha para diario en percales ó telas crudas, permite á los niños toda libertad y no se opone á que, un día entre ciento, pueda lucir un traje de otras pretensiones, que sirve á la vanidad maternal más que á la belleza del niño.

Madrid, 18 de Agosto de 1886.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.

## CRÓNICAS OLVIDADAS DEL MADRID VIEJO.

II

(Continuación.)



Murió la flota para Argel á su debido tiempo, y la enamorada Leonor quedó esperando la vuelta de su amante, dirigiendo al cielo servientes preces para que se realizaran sus sueños de ventura.

Amaba y esperaba; á los veinte años, además de creer en la felicidad, todos abrigamos la convicción de que podemos hacer nos superiores al destino que nos empuje con sobrehumana fuerza.

Cuando la joven alimentaba más lisonjeras esperanzas, dejándose arrastrar por venturosos ensueños, llegaron á España desconsoladoras noticias respecto á la suerte que había cabido á los expedicionarios. La triste doncella no tardó en saber que Gonzalo había muerto, y perdida la bella esperanza de su vida, la joven quiso morir también, para reunirse al hombre que tanto había amado.

Una gravísima enfermedad puso en peligro sus días, agotando los recursos de la ciencia; al fin venció la juventud, y cuando el padre de Leonor, loco de dicha, la vió entrar en el período feliz de la convalecencia, quiso hablarle de su porvenir, pero la joven le interrumpió diciendo que había resuelto encerrarse para siempre en un convento.

Vanas fueron todas las súplicas, inútiles las amenazas, y Leonor tomó el velo en el convento de religiosas Concepcionistas Descalzas, cuyo edificio se hallaba enclavado en los jardines, propiedad del célebre *Jacobo de Grattis*, en las inmediaciones de la que hoy conocemos con el nombre de *Calle del Caballero de Gracia*. Cuando las puertas del claustro se cerraron para siempre detrás de la afligida Leonor, la joven monja murmuró por lo bajo, dirigiéndose á un ser invisible, cuya imagen no se había borrado de su corazón:

—¡Tuya ó de Dios!

III

Pasaron los años. Leonor se llamó en el convento Sor María de los Angeles, y de su antiguo amor, de aquella pasión infinita que un momento embelleciera su vida, sólo quedó como recuerdo una mata de claveles rojos en un ángulo del jardín del convento, que la joven religiosa cuidaba con amorosa solicitud y especial cariño.

Cuando llegaba la risueña época de las flores, Sor María de los Angeles se complacía en adornar el Cristo que colgaba de las desnudas paredes de su celda con los simbólicos claveles, poniendo así á los pies del Salvador aquel triste recuerdo del amor mundano, purificado por los consuelos del amor divino.

Un día la superiora recibió aviso de que se disponían á visitar el convento el rey Felipe III y la reina Da Margarita de Austria.

La comunidad, formada en dos hileras á la puerta del Claustro, recibió, orgullosa por la distinción, la regia visita, y confundida con las demás religiosas hallábase Sor María de los Angeles. Después que los soberanos descansaron breves instantes, la reina, acompañada de la superiora, recorrió el reducido edificio, enterándose minuciosamente de las prácticas á que se hallaba sujeta la orden. Cuando los monarcas se disponían á retirarse, por casualidad la reina se asomó á un mirador que daba al jardinillo, y fijando sus ojos en la soberbia mata de claveles que con tanto amor cuidaba Sor María de los Angeles, exclamó sorprendida agradablemente:

—¡Qué hermosos claveles!

La superiora, deseosa de complacer á la augusta dama, mandó cortar algunas de aquellas flores, ofreciéndoselas á la amable soberana.

Margarita de Austria, que amaba las flores con pasión, aceptó los claveles en extremo complacida, mientras el rey preguntaba á la superiora de quiénes eran las dos casas inmediatas al convento. No pudo la venerable religiosa complacer al monarca, pero Jacobo de Grattis, que como patrono del convento se hallaba presente, se apresuró á informar á Felipe III que pertenecían los dos edificios, uno al Arzobispo de Santa Fe, recientemente consagrado, y el otro al alcalde de casa y corte D. Francisco Solórzano.

De ambos nombres tomó nota el monarca, y al despedirse los reyes de la comunidad, Margarita de Austria dijo sonriendo á la superiora, mostrándole los claveles que conservaba en la mano:

—Tengo buena memoria, y procuraré en breve corresponder á vuestro dedicado obsequio.

Madrid.

(Concluírá.)

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.